

V CENTENARIO: UNA OPORTUNIDAD PERDIDA

por Carlos Gabetta

La actitud de España hacia América, quinientos años después de la llegada de Cristóbal Colón, no fue básicamente distinta de la que los Reyes Católicos se impusieron a partir de 1493 con la bula *Inter Caetera*: llevar la «Buena Nueva de la Salvación» y atribuirse una misión evangelizadora sobre esos territorios.

Haце quinientos años el mito era la religión católica; hoy lo son la democracia y el libre mercado. En ambos casos un progreso, al menos en teoría: el amasó los unos a los otros era mejor que la bárbara exigencia de sangre de los dioses aztecas; la democracia, aun formal, es mejor que la omnipotencia de caudillos y dictadores. Pero en la práctica, en nombre de aquel Dios amoroso de los cristianos se quemaban infieles en la hoguera y este Dios democrático tolera a Pinochet, Cristiani y Collor de Melo, pero baja impudico el pulgar ante la suerte de la Revolución Cubana o la de la pacífica, piadosa y solidaria experiencia sandinista.

La «mirada» sobre América sigue siendo la misma: una pretendida superioridad, una supuesta misión ética y moral que esconde intereses concretos. Antes eran la plata del Perú y Bolivia y el oro de México, ahora son las apetitosas compañías estatales y las enormes extensiones de las tierras más fértiles del mundo a precio de saldo. En algunos sentidos es peor: Fernando e Isabel eran personajes medievales; Felipe González es un descendiente directo de la Ilustración y de los ideales de la Revolución Francesa. Aquellos eran poco más que bichos, intentando sobrevivir en un mundo despiadado, en el que hasta los Papas ejercían el derecho de piedad y eran sanguinarios jefes militares; éste es un señor que, en un mundo que en lo esencial no ha cambiado, pertenece a esa élite supuesta de haber incorporado la razón a su comportamiento político.

Por eso aquello, se diga lo que se diga, no fue una oportunidad perdida. ¿Qué diálogo podía haber entre los salvajes Cortés y Montezuma? Todo lo que ocurrió sólo puede y debe ser juzgado como reprochable desde la perspectiva actual, que tiene incorporadas las nociones de individuo, libertad, solidaridad y derechos humanos.

Pero ésta sí fue una oportunidad perdida. Cualquiera puede imaginar la clase de diálogo posible actualmente entre las sociedades española y latinoamericanas. Era el momento propicio y se daban las condiciones ideales para compaginar la historia común de España y América, desarbolar los mitos, darle a cada personaje su lugar y hacer justicia a los hechos históricos.

La intención se vio ya en el enunciado: íbamos a festejar los «quinientos años del descubrimiento de América». La indignación que recorrió América Latina, ge-

nina en sus intelectuales, fue pura hipocresía en la mayor parte de sus dirigentes políticos. Es notable que incluso las organizaciones que repudiaron estos festejos se hayan mostrado reticentes, en su afán por obtener la condena del «genocidio», a reconocer la responsabilidad de las burguesías criollas en el definitivo exterminio de algunas comunidades indígenas y en la recurrente explotación y marginación de las demás. Los líderes democráticos latinoamericanos como el argentino Carlos Menem, que pasan la mitad de su tiempo firmando concesiones a las empresas y bancos transnacionales y mirando hacia otro lado ante las cifras de mortalidad infantil, aprovecharon para indignarse por los efectos de la conquista de hace quinientos años y la expoliación colonizadora de hace dos siglos...

Finalmente, se acordó el «Quinientos Aniversario del Encuentro de las dos Culturas». Eufemismo, chapuza verbal. Un mito que se superpondrá a los mitos que creó la leyenda blanca del descubrimiento, como las catedrales católicas hundieron con su propio peso lo que quedaba de los tiempos indígenas americanos. Ni fue aquél un «encuentro», sino una topada sangrienta; ni lo fue éste, una pura vitrina comercial en Sevilla a la que los latinoamericanos concurren como lo que son, pobres países representados casi sin excepción por dirigentes indignos, trapaces. Una feria llamada universal, pero sólo de Occidente (mercado, tecnología) y, como tal, rica, ostentosa. Si algo hacía falta para demostrar que América Latina quedó a años luz del desarrollo, ese mercado conmemorativo dio la puntilla.

De nada importante se habló, porque para todos los dirigentes inmersos en esa portentosa operación de marketing, se trataba precisamente de eso: del lado español, un patético esfuerzo por presentarse como el *anfitrión europeo*, el viejo país colonizador devenido protector y condescendiente; del latinoamericano, un grupo de sátrapas ansiosos de legitimidad en el primer mundo. A la Corona de España de hace cinco siglos no sólo le molestaba la religión de incas y aztecas; también su equitativo sistema de reparto y protección alimenticia de todos los miembros de la comunidad, su desprecio por el oro y las piedras preciosas como valor de cambio y su encarnizada defensa como elementos simbólicos de culto y de poder. A esta Corona de España, ansiosa de espacio y legitimidad en el mundo desarrollado, le molestaba más la verdadera soberanía, la independencia de criterio y los pujos de igualdad que las injusticias sociales, los crímenes y la corrupción. De allí el escandaloso trato dispensado a Fidel Castro durante la reunión de Presidentes en Madrid y la evidente repugnancia de éste hacia ese comité de parvenus. El único dirigente latinoamericano que puede jactarse de haber consolidado la soberanía e importantes niveles de igualdad y desarrollo cultural y tecnológico en su país, fue tratado como un leproso por los representantes de la nueva religión democrática. La inexistencia de su alma está probada, porque en Cuba no hay elecciones.

Y qué decir del inexistente trato dispensado por los oficiales de esta gran parada conmemorativa a la Iglesia latinoamericana, la mayoritaria, la popular, la verdadera, la heredera directa de la semilla del padre Las Casas, cuyo fruto asomó casi cinco siglos después, en el Concilio Vaticano II. Muchos de sus miembros, como Ignacio Ellacuría, siguen dando la vida en América Latina. La última víctima política y probable víctima sin más es el padre haitiano Jean-Bertrand Aristide, de cuya suerte tanto el Vaticano como la Europa democrática y la España socialista se han

V CENTENARIO: UNA OPORTUNIDAD PERDIDA

por Carlos Gabetta

La actitud de España hacia América, quinientos años después de la llegada de Cristóbal Colón, no fue básicamente distinta de la que los Reyes Católicos se impusieron a partir de 1493 con la bula *Inter Caetera*: llevar la «Buena Nueva de la Salvación» y atribuirse una misión evangelizadora sobre esos territorios.

Haце quinientos años el mito era la religión católica; hoy lo son la democracia y el libre mercado. En ambos casos un progreso, al menos en teoría: el amasó los unos a los otros era mejor que la bárbara exigencia de sangre de los dioses aztecas; la democracia, aun formal, es mejor que la omnipotencia de caudillos y dictadores. Pero en la práctica, en nombre de aquel Dios amoroso de los cristianos se quemaban infieles en la hoguera y este Dios democrático tolera a Pinochet, Cristiani y Collor de Melo, pero baja impudico el pulgar ante la suerte de la Revolución Cubana o la de la pacífica, piadosa y solidaria experiencia sandinista.

La «mirada» sobre América sigue siendo la misma: una pretendida superioridad, una supuesta misión ética y moral que esconde intereses concretos. Antes eran la plata del Perú y Bolivia y el oro de México, ahora son las apetitosas compañías estatales y las enormes extensiones de las tierras más fértiles del mundo a precio de saldo. En algunos sentidos es peor: Fernando e Isabel eran personajes medievales; Felipe González es un descendiente directo de la Ilustración y de los ideales de la Revolución Francesa. Aquellos eran poco más que bichos, intentando sobrevivir en un mundo despiadado, en el que hasta los Papas ejercían el derecho de piedad y eran sanguinarios jefes militares; éste es un señor que, en un mundo que en lo esencial no ha cambiado, pertenece a esa élite supuesta de haber incorporado la razón a su comportamiento político.

Por eso aquello, se diga lo que se diga, no fue una oportunidad perdida. ¿Qué diálogo podía haber entre los salvajes Cortés y Montezuma? Todo lo que ocurrió sólo puede y debe ser juzgado como reprochable desde la perspectiva actual, que tiene incorporadas las nociones de individuo, libertad, solidaridad y derechos humanos.

Pero ésta sí fue una oportunidad perdida. Cualquiera puede imaginar la clase de diálogo posible actualmente entre las sociedades española y latinoamericanas. Era el momento propicio y se daban las condiciones ideales para compaginar la historia común de España y América, desarbolar los mitos, darle a cada personaje su lugar y hacer justicia a los hechos históricos.

La intención se vio ya en el enunciado: íbamos a festejar los «quinientos años del descubrimiento de América». La indignación que recorrió América Latina, ge-

nina en sus intelectuales, fue pura hipocresía en la mayor parte de sus dirigentes políticos. Es notable que incluso las organizaciones que repudiaron estos festejos se hayan mostrado reticentes, en su afán por obtener la condena del «genocidio», a reconocer la responsabilidad de las burguesías criollas en el definitivo exterminio de algunas comunidades indígenas y en la recurrente explotación y marginación de las demás. Los líderes democráticos latinoamericanos como el argentino Carlos Menem, que pasan la mitad de su tiempo firmando concesiones a las empresas y bancos transnacionales y mirando hacia otro lado ante las cifras de mortalidad infantil, aprovecharon para indignarse por los efectos de la conquista de hace quinientos años y la expoliación colonizadora de hace dos siglos...

Finalmente, se acordó el «Quinientos Aniversario del Encuentro de las dos Culturas». Eufemismo, chapuza verbal. Un mito que se superpondrá a los mitos que creó la leyenda blanca del descubrimiento, como las catedrales católicas hundieron con su propio peso lo que quedaba de los tiempos indígenas americanos. Ni fue aquél un «encuentro», sino una topada sangrienta; ni lo fue éste, una pura vitrina comercial en Sevilla a la que los latinoamericanos concurren como lo que son, pobres países representados casi sin excepción por dirigentes indignos, trapaces. Una feria llamada universal, pero sólo de Occidente (mercado, tecnología) y, como tal, rica, ostentosa. Si algo hacía falta para demostrar que América Latina quedó a años luz del desarrollo, ese mercado conmemorativo dio la puntilla.

De nada importante se habló, porque para todos los dirigentes inmersos en esa portentosa operación de marketing, se trataba precisamente de eso: del lado español, un patético esfuerzo por presentarse como el *anfitrión europeo*, el viejo país colonizador devenido protector y condescendiente; del latinoamericano, un grupo de sátrapas ansiosos de legitimidad en el primer mundo. A la Corona de España de hace cinco siglos no sólo le molestaba la religión de incas y aztecas; también su equitativo sistema de reparto y protección alimenticia de todos los miembros de la comunidad, su desprecio por el oro y las piedras preciosas como valor de cambio y su encarnizada defensa como elementos simbólicos de culto y de poder. A esta Corona de España, ansiosa de espacio y legitimidad en el mundo desarrollado, le molestaba más la verdadera soberanía, la independencia de criterio y los pujos de igualdad que las injusticias sociales, los crímenes y la corrupción. De allí el escandaloso trato dispensado a Fidel Castro durante la reunión de Presidentes en Madrid y la evidente repugnancia de éste hacia ese comité de parvenus. El único dirigente latinoamericano que puede jactarse de haber consolidado la soberanía e importantes niveles de igualdad y desarrollo cultural y tecnológico en su país, fue tratado como un leproso por los representantes de la nueva religión democrática. La inexistencia de su alma está probada, porque en Cuba no hay elecciones.

Y qué decir del inexistente trato dispensado por los oficiales de esta gran parada conmemorativa a la Iglesia latinoamericana, la mayoritaria, la popular, la verdadera, la heredera directa de la semilla del padre Las Casas, cuyo fruto asomó casi cinco siglos después, en el Concilio Vaticano II. Muchos de sus miembros, como Ignacio Ellacuría, siguen dando la vida en América Latina. La última víctima política y probable víctima sin más es el padre haitiano Jean-Bertrand Aristide, de cuya suerte tanto el Vaticano como la Europa democrática y la España socialista se han

desentendido. Tampoco ellos tienen alma, porque no hablan de dinero ni de poder, sino de justicia y dignidad. Locus, que en tiempos de Isabel y Fernando iban a la hoguera. Para este Papa y esta Corona de España, como para los reyes del Imperio, no es la prédica de Las Casas, sino la de Ginés de Sepúlveda la que va a misa.

En suma, que de estos festejos estuvieron ausentes las sociedades española y latinoamericanas; la cultura de ambos lados; sus mejores hombres e iniciativas; sus verdaderos problemas. La oportunidad de analizar la conquista en el contexto de las postrimerías del siglo xv, de la caída de Granada y la expulsión de los judíos de España; la de conocer y comprender a las sociedades y culturas americanas; la de entender cinco siglos de historia común y sopesar ese enorme tesoro amalgamado por una lengua; la de imaginar una estrategia para el siglo xxi, ante un mundo previsiblemente multipolar... todo perdido. Alguien escribió una vez que si América se hubiera descubierto dos siglos antes, en tiempos de Fernando el Santo, otra hubiera sido la historia. Eso es dudoso, pero se puede en cambio tener la certeza de que en pleno posmodernismo y con una generación de yuppies en el poder en España y América Latina, no cabía esperar otra cosa que esta pálida, costosa, intrascendente, frívola, absurda conmemoración.